

La relación educación y comunicación: ideas para reubicar una reflexión

Marcelino Bisbal

«Erase una vez los medios de comunicación de masas, eran malos, se sabe, y había un culpable. Además estaban los virtuosos que denunciaban los crímenes. Y el arte (¡ah por supuesto!) que ofrecía alternativas a quien no estuviera prisionero de los medios de comunicación de masas.»

Bien, todo aquello se acabó. Hay que empezar desde el principio y preguntarnos qué es lo que está sucediendo»

(Umberto Eco, 1983)

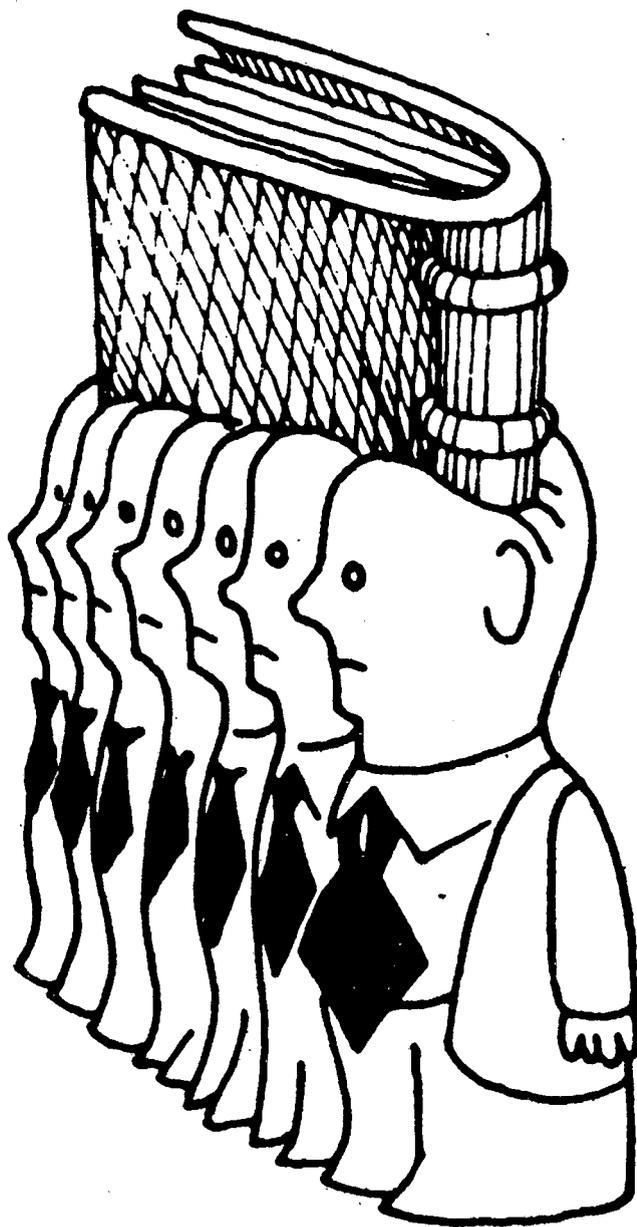
I

La reflexión en torno al binomio *educación y comunicación* ha sido analizada y teorizada desde hace muchísimo tiempo, más por parte de los educadores que de los comunicadores. Pero sin embargo, esas reflexiones en su regularidad discursiva han estado atravesadas por los prejuicios y por las incomprensiones hacia la cultura de los medios de comunicación. Creemos que allí ha faltado «tolerancia» y sobre todo, entendimiento hacia el papel de los medios de comunicación en torno a la educación formal. A los medios se les ha pedido un conjunto de funciones, desde la perspectiva educativa, que no estamos muy claros de precisar en estos momentos si a ellos les compete esa gama funcional que tradicionalmente se les asignaba y se les sigue asignando.

II

Dentro de esa *incomprensión* que la educación formal ha venido abanderando en torno a la comunicación masiva, surge inmediatamente la señalización de culpa hacia los mismos medios frente a ciertas y determinadas problemáticas presentes en la realidad de lo social: «marginalidad cultural», «violencia», «ausencia de sensibilidad», «proliferación cultural», «apatía frente a los hechos sociales», «individualidad del sujeto», «falta de gusto por la lectura», «excesivo consumismo», «agresividad», «conductas anómicas», «manipulación de las conciencias», «integración a patrones delictuales», «asunción de hábitos de aprendizaje negativos», «modelamiento en contrario»,...etc.

No tratamos de ninguna manera de salvar de culpas a los massmedia, pero sentimos que la cuestión es más



compleja que la simple señalización. La realidad social es más intrincada de lo que a veces ella misma se nos presenta, inclusive de cómo las más de las veces la pensamos. Hay que ubicar las cosas en su justo lugar. Eso significa que la educación y la comunicación son piezas constitutivas de un todo social y que como tales responden a realidades estructurales, por lo tanto de carácter cultural también, que hacen que sus respectivos comportamientos no siempre respondan a los objetivos para los cuales ellas fueron ideadas e insertadas en la estructura social. Y es bueno recordar el papel de «mediación» que como estructuras o «aparatos» cumplen. Hay que reconsiderar a la educación por un lado, y a la comunicación masiva por el otro, como *mediadores culturales*. Solamente desde esa consideración lograremos entender el proceso que ambos «aparatos» introducen en la dinámica social, es decir en la constitución de «saberes» y en la «socialidad» del sujeto primero, del grupo después y de la comunidad más adelante y por añadidura.

Cuando afirmamos que el binomio educación/comunicación son «mediadores institucionales», al igual que «mediadores cognoscitivos» queremos decir siguiendo a Guillermo Orozco¹ que por un lado desde esos aparatos se otorgan ciertos significados a la realidad, y por el otro se proporcionan «repertorios» de representación e interpretación. Pero también ese binomio es un «mediador social» en el sentido que le diera Manuel Martín Serrano² al considerar a lo massmediático, lo podemos trasladar a la educación, como un elemento que intenta «hacer consonante la realidad y el conocimiento introducido».

III

Para puntualizar, si bien es cierto que la educación y la comunicación son instituciones/aparatos/piezas mediadoras, también es cierto que ellos no operan aisladamente, separadamente de otro conjunto de mediaciones («cognoscitivas», «institucionales», «sociales») que imponen límite o cambios o dinámicas de orden distinto. Es lo que apuntara en algún lado Martín Barbero al decir «que lo que pasa en los medios no puede ser comprendido por fuera de su relación con las mediaciones sociales, con los mediadores y con los diferentes contextos culturales (reli-

gioso, escolar, familiar, etc.) desde los que, o en contraste con los cuales viven los grupos y los individuos esa cultura».

IV

De alguna manera, la educación formal y sus gestores ilustrados han caído en el error de considerar la «negativa» influencia de los medios en el hacer educativo de la gente a partir de lo que se ha dado en llamar el «enfoque mediocéntrico». Mauro Wolf nos indica que desde esa perspectiva única y exclusivista se tiende a perder «de vista los vínculos entre los diversos componentes del sistema social, como si en la propia acción de los medios se agotasen los principales factores de cambio»³. Apuntaríamos nosotros: como si en la propia acción de los medios se agotaran todos los posibles efectos que concurren hacia el receptor o público.

V

Lo que no ha entendido el aparato educativo, que fue hegemónico en un tiempo determinado y que reemplazó a otros «aparatos», es que él ha sido ahora reemplazado por la cultura de los medios de comunicación masiva industrial. El sistema educativo, frente a las nuevas generaciones, dejó de ser el marco referencial para interpretar la realidad del mundo y de la existencia, dejó de constituirse en el tejido constituyente de la sociedad. De ahí entonces, que tengamos que volver al debate, a la discusión fructífera, sin pensar quién va a ganar pues no tiene importancia saber quién ganará cual combate pugilístico, sino más bien lo que nos dice Jesús Martín Barbero comentando un libro recientemente aparecido en el Perú (*Todas las voces. Comunicación y educación en el Perú* de María Teresa Quiroz): «(...) reubicar el debate: ni los medios son el enemigo (o lo contrario) de la educación, ni están destruyendo o sustituyendo a la escuela, lo que los medios hacen es desorganizar la hegemonía de la escuela desafiando su pretensión de seguir siendo el único espacio legítimo de organización y transmisión de los saberes. Lo que obliga a situar la relación escuela/medios más allá del debate sobre los efectos morales o ideológicos, esto es en el ámbito de la cultura y en la sociedad, en los cambios que conectan las nuevas condiciones del saber

con las nuevas formas de sentir y las nuevas figuras de la socialidad»⁴.

Lo que estamos apuntando es que los medios se convirtieron en «poder mediático». Ellos introducen una nueva cultura que hibrida a la cultura de las masas, e incluso a la cultura ilustrada. Estamos asistiendo a una sociedad profundamente mediática. Dentro de esta sociedad, y por obra evidente de los medios, se está produciendo una «insubordinación de los signos» que nos alcanza en todos los niveles de la vida social y en el del aparato escolar institucionalizado es donde más se está mostrando esa «insubordinación». «Mientras el divorcio entre cultura desde la que piensan y hablan los maestros y aquella otra desde la que perciben y sienten los más jóvenes es mayor cada día, la escuela sigue intentando tapar su crisis de comunicación con rituales de modernización tecnológica y reduciendo su conflicto con la cultura audiovisual e informática a un discurso de lamentaciones morales»⁵.

VI

En otras partes he llamado a este cambio la presencia de un «paisaje cultural distinto» en donde los medios están definiendo y redefiniendo las nuevas escenas culturales a partir de las cuales se construye una nueva cultura que cada día nos reconoce y nos identifica. Muchos autores dirán, y en especial Gianni Vattimo, que esta etapa tiene que ser llamada posmodernidad y «que el término posmoderno sigue teniendo un sentido, y que este sentido está ligado al hecho de que la sociedad en que vivimos es una sociedad de la comunicación generalizada, la sociedad de los medios de comunicación («mass media»)»⁶.

Desde este nuevo tipo de sociedad es que se levanta hoy día, y una vez más, el debate por las relaciones entre comunicación y educación. Estamos conscientes que educar es comunicar, sin embargo nosotros nos referimos a la información/educación de los medios masivos industriales. Decíamos entonces que entre las consideraciones a la relación comunicación y educación hay tensiones, hay oposición. ¿Cómo se define la aparente (¡pues es aparente!) antinomia entre educación y comunicación medial? Se clarifica más en el ámbito de la praxis educativa y de la comunicacional, que en el espacio de la reflexión teórica. Y de lo que se

trataría es de lograr «comprensiones» en ambas dimensiones.

VII

Partiendo desde esa última afirmación es que es importante clarificar el término cultura de masas como campo cultural moderno que ha ido introduciendo los actuales medios de comunicación y las nuevas tecnologías que permiten o dan sentido a esos medios. Las transformaciones que actualmente estamos viendo, por lo menos gran parte de ellas, tienen como testigo ineludible a la comunicación masiva y para cuando el sistema educativo se percata ya la transformación dejó de ser novedosa. Nos estamos refiriendo a las transformaciones culturales que adelantan los medios masivos de comunicación y todas las consecuencias que de allí se derivan para el tejido comunicativo y educativo de la sociedad.

El pintor y gestor cultural Manuel Espinoza reflexiona lo anterior, expresando la idea al decir que debemos marchar en la búsqueda de una «cultura de la complejidad». Y se pregunta y afirma al mismo tiempo: «¿Se ha empobrecido nuestra mirada? ¿Se ha pervertido la emoción? ¿Se podría hablar de una aberración patológica del conocer? ¿Se nos oscurece el mundo o nos estamos volviendo ciegos? El espejo no sólo se ha roto sino que también se ha diluido. El mundo hoy es más complejo porque el conocimiento mismo de lo real, por la vía de su parcelamiento (no hemos tenido otra vía) nos ha conducido a una constatación: la complejidad. Por eso, *para comprender más y mejor es necesario una profunda reforma del pensar, refundar el conocer y conocerlo mejor*. Se ha empobrecido nuestra mirada por la vía de su mutilación. Se ha pervertido la emoción por la vía del aislamiento. / Se ha enfermado el conocer por la vía de su parcelamiento. Se oscurece el mundo y abdica el futuro porque se nos apaga la luz interior, la luz de la mente. Nos encontramos ante un dilema. Por los efectos de la revolución tecnocientífica se están produciendo espectaculares transformaciones que afectan profundamente nuestras vidas, nuestro entorno físico inmediato y nuestro ambiente cultural, saturado de información transmitida por los cada vez más sofisticados recursos tecnológicos de la comunicación» (subrayado nuestro)⁷.

El propio Espinoza dirá con cla-

ridad que para alcanzar esa cultura de la complejidad «es indispensable un comportamiento creativo. En épocas de alta complejidad como la nuestra, para adaptarse y sobrevivir se requiere mayor creatividad, para producir nuevos aportes teóricos y prácticos que nos permitan diseñar nuevos marcos de referencia». Es la misma idea que se expresa en la siguiente cita de Edgar Morin de sus reflexiones *Para salir del siglo XX*: «Saber ver requiere saber pensar lo que se ve. Saber ver implica, pues, saber pensar, como saber pensar implica saber ver. Saber pensar no es solamente aplicar la lógica y la verificación a los datos de la experiencia. Esto supone también saber organizar los datos de la experiencia. *Tenemos, pues, que comprender qué reglas, qué principios ordenan el pensamiento que nos hace organizar lo real, es decir, seleccionar/privilegiar ciertos datos, eliminar/subalternizar otros*. Tenemos que adivinar a qué oscuras pulsiones, a qué necesidades de nuestro ser, a qué idiosincrasia de nuestro espíritu obedece o responde lo que tenemos por verdad. Esta es la exigencia reflexiva fundamental que no es solamente la del filósofo profesional, que no debería extenderse sólo al hombre de ciencia, sino que debe ser la de cada uno de nosotros» (subrayado nuestro)⁸.

VIII

Así pues, ¿quién iba a pensar, a principios del siglo XIX que es el momento en que irrumpía un «campo cultural» de evidentes características masivas e inclusive «populares», que la llamada *cultura de masas* sería el *signo* que caracterizaría a toda una época de «fin de modernidad y transito (en el nuevo milenio que está por abrirse) hacia otra que no atinamos a designar definitivamente todavía? Nadie se atrevió a afirmarlo en ese entonces así tal como



lo estamos haciendo ahora. Pero el hecho es que sucedió y se dio.

En aquellos momentos la afirmación no podía ser tan tajante porque la masificación de la vida era producto de eventos sociales que se empezaban a perfilar como «modalidades festivas» en el seno del pueblo y de la vida de la gente. Modalidades que servían de diferenciación a distintos sectores sociales productores de formas específicas de cultura e inclusive, como es obvio, de vivir la cultura. Nos estamos refiriendo a la cultura burguesa o elitista y a la cultura popular o «cultura marginal». Pero el tiempo fue transcurriendo y la asunción del término cultura de masas sirvió para designar aquellas manifestaciones culturales que irrumpían en el pueblo que se estaba masificando en sus comportamientos y reacciones. De ahí entonces, siguiendo a Jesús M. Barbero, que tengamos que decir que la cultura de masas no es solamente pensable con la aparición de las formas modernas de transmisión de información y de diversidad de mensajes, sino que ella sirve para designar aquellas manifestaciones de masas que se gestaron desde el siglo XIX y que hicieron y hacen «de la cultura [de masas] un espacio estratégico en la reconciliación de las clases y reabsorción de las diferencias sociales».

Lo que ocurrió después, historia más reciente, es que desde la primera mitad del siglo XX gracias al desarrollo acelerado de las formas tecnológicas de comunicación [Francis Balle -citado por Manuel Vázquez Montalbán- habla de «expansión brutal» de los *mass media* en las primeras décadas del siglo XX: Prensa escrita: 1900 a 1930, 30 años; Cine: 1910 a 1940, 30 años; Radio: 1925 a 1935, 10 años; Televisión(USA): 1945 a 1955, 10 años; Televisión (Europa): 1955 a 1965, 10 años] se consolida definitivamente un nuevo signo de aquella cultura de masas emergente desde el siglo anterior, un rasgo que convierte a los medios de comunicación en las expresiones más modernas y acabadas de asimilación de la cultura en términos masivos y de asimilación mediadora de los campos culturales ilustrado/académico («elitista», siguiendo otra denominación) y el popular. «Estamos afirmando que las modalidades de comunicación que en ellos y con ellos aparecen fueron posibles sólo en la medida en que la tecnología materia-

lizó cambios que desde la vida social daban sentido a nuevas relaciones y nuevos usos»⁹.

El campo de investigación/reflexión sobre la cultura de masas se centra en la manera en que la gente y toda una sociedad se identifica y se siente reconocida en toda una gama y diversidad de productos culturales que se entremezclan o se hibridan con expresiones propias, aprendidas y cultivadas de cultura. Es decir, indagar no tanto qué hace la cultura masiva de los grandes medios con el ciudadano y la gente, sino qué cosas hace la gente con esa expresión de la cultura de masas que hoy día vemos que es hegemónica en las manifestaciones de la vida cotidiana. Al punto que cada vez más, especialmente en las nuevas generaciones, esta cultura está configurando nuevas hermenéuticas y que a partir de ellas podremos entender muchos rasgos «modernos» de la vida urbana actual.

De ahí entonces, que proponemos en los actuales momentos preguntarnos por el lugar que está ocupando esa *cultura de masas massmediática* en la trama de la vida social y cómo ella está determinando significativamente- para bien o para mal- esa misma trama en todas sus manifestaciones desde lo societal, hasta lo político y lo económico... Es la presencia de la «mirada comunicacional» en la constitución de un «nuevo paisaje cultural» latinoamericano, igualmente mundial. Por ello, el componente comunicacional-cultural masivo no puede ser dejado de lado a la hora, en estos momentos de fin de milenio, de investigar la cultura contemporánea en América Latina.

Tratándose de una cultura en donde vamos a encontrar prácticas y productos heterogéneos como en todo campo cultural, es que la misma no puede ser reflexionada solamente y desde el paradigma/relación de alienación y manipulación, sino que hay que hacerlo a partir de una estructura y mentalidad más flexible y comprensible asumiendo la centralidad de esa cultura en las colectividades modernas-actuales-posmodernas. No significa hacer «apología de la cultura de masas» u olvidar la ideología que la origina, sino que tal como lo explica Martín Barbero implica «que empecemos a cambiar las preguntas que nos permitan comprender qué hace la gente con lo que escucha o lo que mira, con lo que lee o con lo que cree, comenzar a inda-

gar esa otra cara de la comunicación que nos revelan los usos que la gente hace de los medios, usos mediante los cuales 'colectividades sin poder político ni representación social asimilan los ofrecimientos a su alcance, sexualizan el melodrama, derivan de un humor infame hilos satíricos, se divierten y conmueven sin modificarse ideológicamente, vivifican a su modo su cotidianidad y sus tradiciones convirtiendo las carencias en técnica identificadora'»¹⁰.

IX

Cabe ahora, después de esa caracterización que hemos hecho de la cultura masiva desde el ángulo de lo massmediático, preguntarnos angustiosamente por ¿cómo está enfrentando el aparato escolar y la «racionalidad ilustrada que desde allí se origina ese hecho de evidentes *signos que trastocan* toda visión tradicional de la vida y del mundo? ¿Qué preguntas se hace el educador y el intelectual frente a los *cambios* que lo masivo cultural está introduciendo y por medio de los cuales nos sentimos casi a diario interpelados? En definitiva, ¿qué interrogantes y qué respuestas, fuera de los miedos y los prejuicios, nos formulamos...?

Hasta ahora los juicios, que confluyen en prejuicios ante la comunicación masiva, están orientados o bien hacia el análisis de los llamados «efectos ideológicos y morales» de los medios y sus mensajes, o seguramente hacia el «uso instrumental» de ellos para hacer más amenas las horas de clase y sentir que la educación se ha modernizado.

En el primer caso, en gran parte de la tradición sociológica y psicológica de la lectura de efectos que supuestamente producen los medios, lo que ha habido es un conjunto de expresiones que parten de la consideración (ya sea esta funcionalista o crítica, incluso estructuralista) en relación al receptor/usuario como

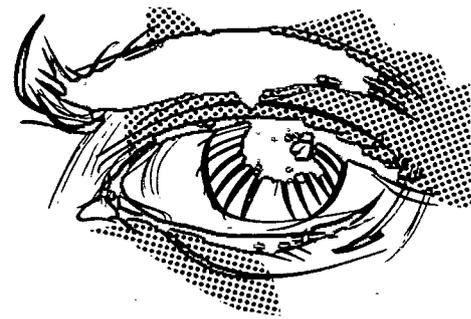
un paciente y como tal pasivo, incapaz de resemantizar y transformar las propuestas provenientes de los medios a sus circunstancias materiales y culturales. Se ha llegado a la consideración de pensar que los flujos de signos circulan en un sólo sentido que se orienta desde los medios hacia los públicos y no en ambos sentidos. Hoy, las preocupaciones acerca del contenido del medio, así como su posible efecto, tienen un punto de arranque bastante distinto. El público, valga decir el consumidor-usuario del medio, está envuelto en un conjunto de tramas sociales en donde la del tiempo de exposición al medio es una de ellas. Además, parte de la idea de que el medio tiene una cara instrumental que está sometida a las reglas y juegos del mercado, pero también tiene una cara simbólica que depende más de las relaciones culturales que se establecen entre el productor-guionista-director-comunicador-medio-lenguaje y el receptor-público-consumidor-usuario. Es decir, es la presencia de otra lógica distinta a la mercantil, la lógica simbólica. Pero también considera al receptor como un agente dinámico y dinamizador de diversas lecturas y maneras de leer de acuerdo al entramado económico, social y cultural en donde él se encuentre. Y desde esta misma postura, los medios y las tecnologías de información significan y son algo culturalmente, ya que solamente así podremos explicar el uso creciente que la gente, y especialmente los jóvenes, hacen de ellos.

Desde el uso instrumental de los medios por parte de la escuela se encierra también una trampa, una desviación de la mirada para ocultar el verdadero problema. «Lo que ese uso modernizador/instrumental trata de conjurar es justamente el reto cultural que los medios entrañan para el sistema educativo, el abismo que su desarticulación de la vida escolar abre entre la cultura desde la que enseñan los maestros y aquella otra desde la que perciben, piensan y hablan los alumnos. Una escisión que es necesario afrontar cuanto antes ya que los hábitos de relación con los medios y las tecnologías de la información no podrán cambiarlo sin afectar el estatuto de la educación en la sociedad(...)»¹¹.

X

Nosotros sentimos, al menos desde nuestra ubicación de estudiosos





del fenómeno comunicacional masivo de los grandes medios, que la educación se ha quedado anclada en el intento de entender los cambios culturales profundos que se han dado y que se siguen produciendo. Y son los medios de comunicación los que están asumiendo, ordenando y desordenando culturalmente tales cambios, ya sea para mostrarlos o para «leerlos» de manera distinta a como la «sociedad escrituraria» nos enseñó, en definitiva nos educó.

Hay una interrogante, una más, que debemos responder para poder continuar hacia adelante. Una pregunta que los educadores se deben haber formulado muchas veces, pero que ahora adquiere un sentido de mayor complejidad, quizás hasta de confrontación con lo que ellos representan y el lugar que ocupan: «¿para qué tipo de sociedad educa la escuela?» Formulamos esa interrogante porque sentimos que lo hace para unos individuos del siglo anterior, en donde los signos de identificación cultural estaban atravesados por lo que Angel Rama llama los principios de concentración, elitismo y jerarquización.

Eso se acabó. Hay que empezar de nuevo. Los jóvenes hoy se mueven bajo otros signos culturales. ¿Alienados, manipulados, integrados culturalmente? El problema no es discutir si eso es cierto o no, personalmente creo que no, el asunto es que ellos son otra cosa y perciben el mundo de manera distinta a como la Ilustración lo venía experimentando y anotando. Hoy día la propia Ilustración no puede dejar de lado los aparatos comunicacionales (además son hijos de ella) y el «ecosistema comunicativo» que ellos han implantado. En el decir de María Cristina Mata y tomando un sólo ejemplo como es la llamada «radio-necesidad», aspecto que es aplicable a las otras tecnologías de información, de «que es un invento moderno: expresa las crecientes complejidades de la vida urbana con sus óm-

nibus que cambian de recorridos y sus cortes de servicios; con penosas situaciones económicas que tornan útiles las indicaciones sobre precios convenientes y fechas de pago, sobre planes estatales y despidos; con multiplicadas organizaciones sectoriales que se comunican a través de las radios con sus representados. Pero también es moderna como nueva racionalidad que hace de la información el instrumento de un saber que ilusoriamente transparenta el mundo del poder de cuyas decisiones se depende. Y es moderno en términos de agenda comunicativa; única posibilidad de no quedar al margen de lo que ocurre; de esa realidad cada vez más fabricada en los medios y de los cuales depende toda posible legitimación social» (negrillas nuestras)¹².

Y para concluir, sin que hayamos apuntado ninguna clave de salida o de posibles alternativas de salidas, lo único que puedo plantear es que es necesario un diálogo, la forma ideal de comunicación por lo tanto de educación para entender culturalmente lo que los medios están conformando y entender de una vez por todas que ellos no son la piedra de tranca en el deterioro de la actual educación supuestamente moderna y modernizadora. Creo, que más allá de los evidentes problemas estructurales que envuelven al actual aparato educativo, está la incapacidad de él para leer los tiempos que corren, para discernir que «frente a una cultura urbana que toma la forma de procesos móviles, uniendo simbologías disímiles, confrontando sistemas axiológicos, condensando imaginarios y percepciones, están los medios masivos de comunicación. Como agentes socializadores no cesan de hacer propuestas aunque probablemente su poder esté en contribuir a la generación de pautas de lectura, de formas y maneras de ver e interpretar. De esta manera se unen a los instrumentos que en nuestros días conforman nuevas hermenéuticas» (subrayado nuestro)¹³.

Entendiendo la idea expresada, quizás por esa vía descubramos que «Los Simpsons» o cualquiera de esa gran variedad de comics televisivos que tanto gusta a los jóvenes y a los no tan jóvenes, nos están diciendo mucho más que una clase aburrida de tiza y pizarrón que suele impartir un señor o una señora envueltos en toda una serie de desencuentros: con ellos mismos, con el propio aparato

educativo y con sus alumnos.

Se trata de entender que la relación educación y comunicación no puede ser tensa, sino que debe ser un conversar amigable sobre la realidad y sobre lo que ella será. Un diálogo acerca de cómo la gente se junta y de cómo hace y rehace la sociedad a partir de los medios y de la misma educación. Educación y comunicación se necesitan mutuamente, al igual que la gente necesita de los medios.

NOTAS

1. Ver al respecto el trabajo del mexicano Orozco, Guillermo (1992).-«La mediación en juego: televisión, cultura y audiencias»-. En la Revista *Tecnología y comunicación educativas*. ISSN 018-0785/octubre 1992. Editada por el ILCE (Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa)-UNESCO. México, pp. 111-118.

2. Martín Serrano, Manuel (1977). *La mediación social*. Akal Editor. España, Madrid, p. 49 y ss.

3. Wolf, Mauro (1994).-«Los medios de comunicación en la estructuración de la identidad colectiva. La coexistencia de lo contradictorio». En: *Comunicación social 1994/ Tendencias. Informes Anuales de FUNDESCO*. España, Madrid, p. 95.

4. Comentarios de Jesús Martín Barbero al libro de la comunicóloga peruana Quiroz, María Teresa (1993). *Todas las voces. Comunicación y Educación en Perú*. (Colección Contratexto. Centro de Investigación en Comunicación Social. Universidad de Lima, Perú). El comentario apareció en la Revista *DIA-LOGOS de la Comunicación* Nº 37, septiembre de 1993. Editada por FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social). Perú, Lima, 1993., pp. 80-81.

5. *Ibid.* p. 80.

6. Ver al respecto el ensayo de Vattimo, Gianni (1994).- «Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?». Dicho ensayo está contenido en el libro colectivo *En torno a la posmodernidad*. Editorial Anthropos. Colombia, Bogotá pp. 9-19.

7. Espinoza, Manuel (1995).- «Hacia una cultura de la complejidad». En: *Puntual. Publicación periódica de la Fundación Polar*. Octubre 1995, Año 3, Nº 5. Venezuela, Caracas, p. 6.

8. Morin, Edgar (1981). *Pasa salir del siglo XX*. Editorial Kairós. España, Barcelona. p. 107.

9. Martín Barbero, Jesús (1987). *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. Editorial Gustavo Gili, S.A. México.

10. Martín Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Editorial Gustavo Gili, S.A. España, Barcelona, p. 213.

11. Martín Barbero, Jesús (1992).- «Nuevos modos de leer». En el diario *El Espectador*. Suplemento Cultural *Magazín Dominical*, Nº 478. Colombia, Bogotá, p. 21.

12. Mata, María Cristina (1991).- «Radio: memorias de la recepción». En la Revista *DIA-LOGOS de la Comunicación* Nº 30, junio de 1991. Editada por FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social). Perú, Lima, p. 48.

13. Rey, German (1993). «Los instrumentos de la levedad». En la Revista *Inter Medios* Nº 6, febrero/marzo/abril de 1993. México, p. 37.